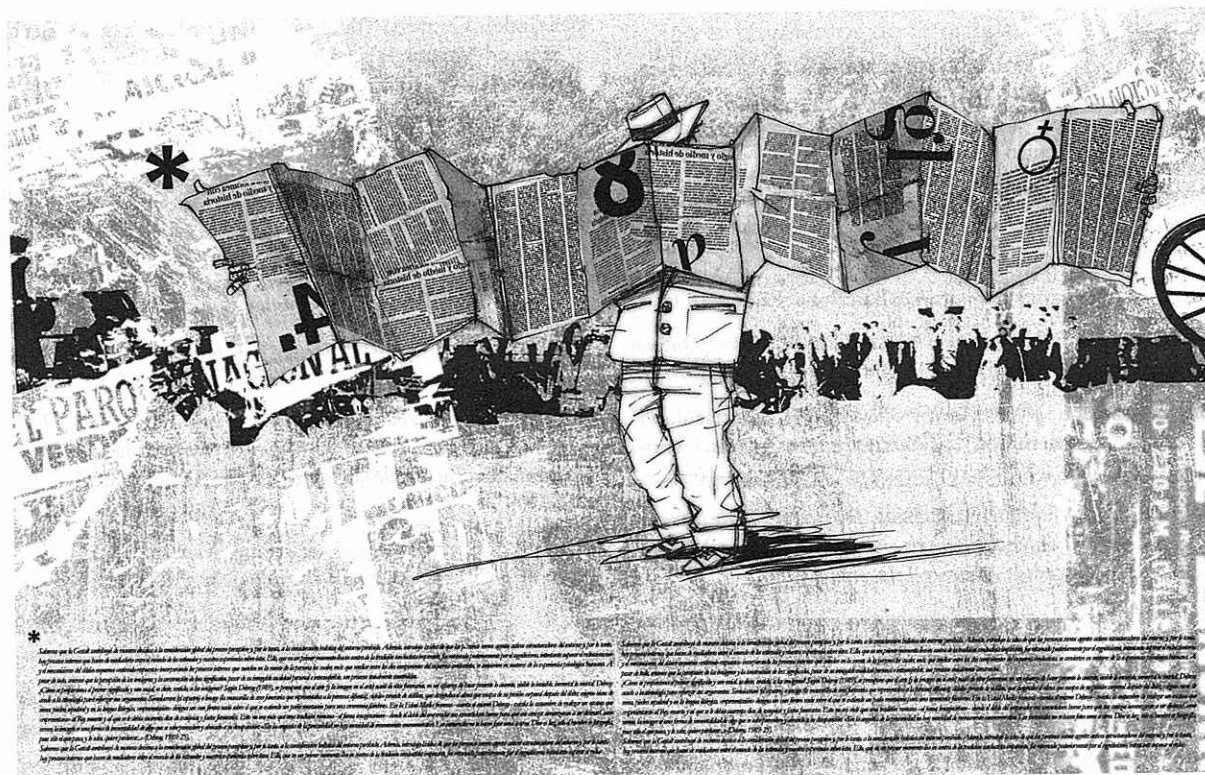


Receptores desconocidos de un periodismo olvidado



* Licenciado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Doctorando en Comunicación por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FP y CS) de la UNLP. Codirector del Programa Comunicación, Medios y Periodismo y Profesor adjunto ordinario de la cátedra de Historia del Periodismo y las Comunicaciones en la Argentina en la FP y CS, UNLP. Correo electrónico: tatodiaz@ciudad.com.ar El presente estudio es un avance de investigación de mi tesis doctoral *Periodismo y comunicación. La conformación del espacio público, prácticas y ámbitos de lectura en los inicios de la modernidad rioplatense 1759-1810*, desarrollado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP).

.....

* Licenciado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Doctorando en Comunicación por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FP y CS) de la UNLP. Codirector del Programa Comunicación, Medios y Periodismo y Profesor adjunto ordinario de la cátedra de Historia del Periodismo y las Comunicaciones en la Argentina en la FP y CS, UNLP. Correo electrónico: tatodiaz@ciudad.com.ar El presente estudio es un avance de investigación de mi tesis doctoral *Periodismo y comunicación. La conformación del espacio público, prácticas y ámbitos de lectura en los inicios de la modernidad rioplatense 1759-1810*, desarrollado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP).

Introducción

Actualmente, el campo de la comunicación está buscando nuevas perspectivas de abordaje, con el fin de dar cuenta de los múltiples aspectos involucrados en esta dimensión humana que, cuanto más atrás en el tiempo nos remontamos, más compleja resulta su reconstrucción. Martín-Barbero fue quien advirtió en Latinoamérica que:

La comunicación se tornó cuestión de mediaciones más que de medios, cuestión de cultura y, por tanto, no sólo de conocimientos sino de re-conocimiento. Un reconocimiento que fue, de entrada, operación de desplazamiento metodológico para re-ver el proceso entero de la comunicación desde su otro lado, el de la recepción, el de las resistencias que ahí tienen su lugar, el de la apropiación desde los usos.¹

Esta lúcida apreciación, que marca la necesidad de focalizar la mirada en otros temas, ha sugerido a investigadores especializados que se repiense la recepción. Un paso importante en este sentido lo ha efectuado Florencia Saintout, con el propósito de “explorar el territorio de las llamadas teorías de la recepción en América latina”.² En nuestro caso, centraremos la atención en el mundo de los receptores coloniales rioplatenses (1776-1810), pues, como afirma Robert Darnton, uno de los especialistas más reconocidos en estudios culturales, nada puede ser más erróneo en un intento de recapturar la experiencia de la lectura del pasado que suponer que la gente siempre ha leído como lo hacemos hoy en día. Una historia de la lectura, si pudiera, registraría el extraño elemento de la forma como distintos grupos sociales han encontrado sentido al mundo. Leer, a diferencia de la carpintería o el bordado, no sólo es una habilidad, sino la actividad de encontrar sentido dentro de un sistema de comunicación. En consecuencia, determinar quiénes leían periódicos en el Río de la Plata a fines del siglo XVIII y principios del XIX, sería acercarnos a aquellos que podían participar en la transmisión del pensamiento por medio de los símbolos impresos.³

Antes de proseguir, deseamos efectuar algunas salvedades que deben asumirse frente a estudios de recepción. Estas *trampas del lenguaje*, como las denomina M. de la Peza Casares,⁴ nos han impuesto un cerco y han determinado el punto de vista desde el cual se mira el objeto. Tanto la noción de receptor como las de audiencia, lector o consumidor implican una relación dependiente y subordinada al polo emisor. Se ha dejado de considerar al sujeto en sí mismo en su realidad sociohistórica y al proceso mismo de significación en su multipolaridad y multiplicidad. De forma que si nuestro objeto de estudio es reconstruir quiénes constituían “el gran público”⁵ en aquella época, deberemos efectuar,

necesariamente, algunas precisiones. Este análisis nos deparó ciertas sorpresas, pues nos obligó a desplazar “viejas creencias”, como que en el territorio del Río de la Plata sólo leían los varones, y de los sectores acomodados, y que quedaban fuera del campo de lectura las mujeres, los negros esclavos, los aborígenes e, incluso, los analfabetos. Imprecisiones todas a las que debemos agregar la subestimación, por parte de investigadores provenientes tanto de la historia como de la comunicación, acerca de la gravitación que ha tenido la prensa en la Argentina al final del período colonial.

Un acercamiento al periodismo colonial

En el Río de la Plata, especialmente desde la creación del virreinato (1776), la circulación de papeles manuscritos e impresos transformó de forma inobjetable los modos de sociabilidad, y esto permitió que las nuevas ideas coadyuvaran al derrocamiento del poder virreinal.⁶ Se divulgaron cartas, papeletas, libros, periódicos extranjeros y vernáculos, que eran buscados con avidez por los pobladores locales. Este estudio se circunscribirá sólo al universo periodístico,⁷ por ser el más sig-

.....

- 1 Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998, p. 28.
- 2 Saintout, Florencia, *Los estudios de recepción en América Latina*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1998, p. 18.
- 3 Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 217.
- 4 Peza Casares, María de la, “Las trampas de los estudios de recepción y opinión pública”, en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), Universidad Nacional de la Plata, año 2, No. 12, 2003, p. 9.
- 5 Véase para profundizar esta noción a Wolton, Dominique, *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- 6 Díaz, César, “El periodismo en la Revolución de Mayo”, en *Todo es Historia*, No. 370, 1998.
- 7 Recuérdese que en el Río de La Plata circularon tanto publicaciones periódicas extranjeras como vernáculos. Entre estas últimas el *Telégrafo Mercantil* (1801-1802), el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802- 1807), *La Gaceta de Gobierno* (1809) y el *Correo de Comercio* (1810-1811), publicados en Buenos Aires. Mientras que en Montevideo, durante las invasiones inglesas, se publicó el periódico bilingüe *La Estrella del Sur* (1807), de los que hemos consultado íntegramente sus reproducciones facsimilares. Además, cabe agregar que en la región existieron con anterioridad publicaciones periódicas manuscritas: *Noticias Comunicadas de la Colonia del Sacramento a esta Ciudad, de Buenos Ayres en 5 de diciembre de 1759*; *Gazeta de Buenos Ayres* (1764) y pasquines.



nificativo para la región, dada la amplitud de público que accedía a éste. Además, se debe apuntar que los periódicos virreinales poseían particularidades similares a los libros, tanto por su tamaño —16,4 cm de ancho por 22,4 cm de largo— como por su contenido, pues privilegiaban, más que las noticias, la difusión de estudios literarios, científicos, históricos, geográficos, etc. También cabe agregar la numeración correlativa, cuya finalidad era su encuadernación; las citas al pie, y las fe de erratas, que enmendaban las equivocaciones de números anteriores. Todas estas características motivaron a J. Pillado y J. Echayde a denominarlos “libros del pueblo”.⁸

En rigor de verdad, las publicaciones periódicas estaban confeccionadas para ser leídas total o parcialmente, es decir, eran susceptibles de diversos usos. Con frecuencia se cree que el hábito de la lectura se restringía, casi exclusivamente, a un determinado nivel cultural, correspondiente a las clases sociales más acomodadas (funcionarios, comerciantes, eclesiásticos, etc.). Sin embargo, el proceso de reconstrucción comunicacional es mucho más complejo, pues nos encontramos con que los bienes culturales (periódicos, libros, pasquines) estuvieron compartidos por distintos grupos sociales, sin que por ello sus usos y costumbres fueran idénticos. Procuraremos, entonces, desplazar las afirmaciones tradicionales por una perspectiva que privilegie los distintos empleos de la lectura, así como las apropiaciones plurales de los mismos bienes y de las mismas ideas, sin renunciar, por supuesto, a identificar diferencias sociales. Dicho en conceptos de Roger Chartier,⁹ pensar las prácticas culturales en términos de apropiaciones diferenciales autoriza también a no considerar como totalmente eficaces y radicalmente aculturantes los textos, las palabras o los ejemplos que se proponen moldear los pensamientos y las conductas de la

8 Pillado, José y Echayde, Jorge, *Advertencia a la reproducción facsimilar del Telégrafo Mercantil*, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1914, p. 14.

9 Chartier, Roger, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1995, p. 12.

10 Díaz, César, “Apuntes sobre el consumo periodístico en los inicios de la modernidad rioplatense”, en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), Universidad Nacional de la Plata, año 2, No. 12, 2003, pp. 70-79.

mayoría. Esas prácticas son siempre creadoras de usos o de representaciones en modo alguno reductibles a las voluntades de los productores de discursos y de normas. De ninguna manera el acto de lectura puede ser anulado en el texto mismo, ni en los comportamientos vividos en las prohibiciones y en los preceptos que pretendían regularlos. La aceptación de los modelos y de los mensajes propuestos se opera a través de adecuaciones, rodeos y, en ocasiones, resistencias que manifiestan la singularidad de cada apropiación. Estas actitudes por parte de los receptores frente a los textos se pueden percibir de una forma más acabada si complementamos el enfoque con las distintas prácticas y ámbitos de lecturas.¹⁰

El intento de reconstruir el proceso de recepción del discurso periodístico constituye una tarea compleja, debido a la cantidad de variables de análisis que intervienen. En efecto, existe una fuerte tendencia a reducir la problemática sólo a la cantidad de suscriptores de una determinada publicación periódica. Este razonamiento llevaría a considerar que la adquisición de las publicaciones quedaba limitada a la clase alta, capaz de descifrar el mensaje escrito o poseedora de los recursos suficientes para afrontar el costo de la suscripción. Desde esta perspectiva debería concluirse que, por ejemplo, el *Telégrafo Mercantil* fue leído únicamente por sus 237 suscriptores. Sin embargo, existía una franja de público, también alfabetizada, que tenía maneras alternativas de acceso a la lectura del periódico. Un modo era el sugerido por el editor de la frustrada *Gazeta de Buenos Aires* (1791), quien manifestaba a “los particulares que no quieran hacer el gasto de los abonos anuales o por meses, podrán procurarse la lectura de la *Gazeta* en el puesto de ella por un medio real”. Otra forma era la descrita, a la vez que repudiada, por Antonio Cabello y Mesa al preguntarse “¿qué dirá el hombre de corte, de aquel que aún con proporciones muchas (por no gastar dos pesos) anda, corre, y aún vuela por leer de garra el *Telégrafo* en los cafés, y casa del amigo?”.

Desde luego, este proceder no era exclusividad de los hombres, ni de la lectura de este periódico, puesto que las mujeres también tenían esa posibilidad. Si bien no podían asistir a los cafés, acos-

tumbraban a concurrir a tertulias, y una de ellas escribió: “en la casa de una amiga mía, que compra cuanto papel sale de la imprenta, me encontré con el Prospecto de su Correo de Comercio y lo devoré instantáneamente...”¹¹ Esta costumbre no era exclusiva de las mujeres rioplatenses, ya que en el Virreinato de Nueva Granada: “Un lector informa desde Panamá ‘sobre el ruido que ha metido en las tertulias el Papel Periódico, en donde hasta las damas llevan de visita el periódico’”.¹²



Resulta conveniente aclarar en este punto que el período estudiado se encuentra incluido en lo que Jesús Martín-Barbero denomina *cultura oral*, pues recuérdese que:

Leer para los habitantes de la cultura oral es escuchar, pero esa escucha es sonora. Como los de los públicos populares en el teatro y aún hoy en los cines de barrio, con sus aplausos y silbidos, sus sollozos y sus carcajadas. Lectura, en fin, en la que el ritmo no lo marca el texto, sino el grupo, y en la que lo leído funciona no como punto de llegada y cierre del sentido, sino al contrario, como punto de partida, de reconocimiento y puesta en marcha de la memoria colectiva, que acaba rehaciendo el texto en función del contexto, rescribiéndolo al utilizarlo.¹³

Además, es importante tener en cuenta que existían diferentes ámbitos de lectura (tertulias, salones, cafés, calles, etc.), particularidad que ampliaba todavía más el alcance de los discursos periodísticos.¹⁴ Ahora bien, consideramos que en este parte es necesario interrogarnos acerca de quiénes eran los consumidores de aquellos textos.

Con el fin de analizar el grado de incidencia que tuvo el discurso periodístico procuraremos

acercarnos a la cantidad de habitantes que poseía el Virreinato del Río de la Plata. Tarea que presenta sus dificultades, pues los guarismos obtenidos de distintas fuentes son aproximaciones, debido a que nunca se levantó un censo para el Virreinato en su conjunto. J. C. Chiaramonte sintetizó las distintas apreciaciones realizadas acerca de la cuestión demográfica para esta época, apuntando que:

... no es posible disponer de datos precisos de esta población y sus cambios. Según Ángel Rosenblat, el empadronamiento de 1797 asignaba a la parte que comprende el actual territorio argentino la cifra de 310.628 habitantes. Para cuatro años antes, 1793, el testimonio de Azara referente sólo a la zona litoral incluida la margen oriental del Plata consigna 182.192 pobladores (cifras todas imprecisas por las deficiencias de las fuentes o por provenir de estimaciones subjetivas, junto a las cuales podrían recordarse las de Mitre para la época de la revolución, que estimaba en 800.000 habitantes la población del virreinato).¹⁵

Cabe agregar que en este período hubo un gran movimiento de población desde el interior del Virreinato hacia la zona del litoral que, de algún modo, pudo haber incidido en la cantidad de consumidores de textos periodísticos. Recuérdese que los principales centros de estudios superiores se encontraban en el interior Chuquisaca y Córdoba. Las causas que mediaron para dicho traslado fueron múltiples, entre otras: decadencia de Potosí como polo económico, auge de la exportación de cueros y conformación de la burocracia virreinal, lo que implicó que la ciudad de Buenos Aires se convirtiera paulatinamente en un centro de atracción.¹⁶

.....

11 *Correo de Comercio*, 28/04/1810.

12 Silva, Renán, “Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen”, en Guerra, Xavier y Lemperiere, Annick, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 84. En otra oportunidad también “estaban en buena tertulia y cháchara un viejo, una mujer, un letrado de profesión y una dama [...] hablaban sobre cosas indiferentes y disputaban sobre una jugada. Pero de un momento a otro hace su irrupción un joven que traía en la mano un papel impreso, que una de las damas le solicita, y empieza entonces la lectura colectiva”.

13 Martín-Barbero, *op. cit.*, p. 139.

14 Díaz, “Apuntes sobre el consumo periodístico...”, *op. cit.*

15 Chiaramonte, José Carlos, “La etapa ilustrada 1750-1806”, en Assadourian, Carlos y otros, *Argentina. De la conquista a la independencia*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pp. 332-333.

16 Véase Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra*, México, Siglo Veintiuno, 1979, pp. 15-75.

Letrados e iletrados en la colonia rioplatense

Luego de haber establecido sólo aproximaciones respecto a la cantidad de habitantes del Virreinato, en virtud de la precariedad del corpus existente, procuraremos un acercamiento a los grupos de personas alfabetizadas. Sabemos que hay una tendencia generalizada a afirmar que la educación en el Virreinato era propiedad de unos pocos, apreciación que quizá se deba a que las fuentes proporcionan escasos datos acerca de la cantidad de alfabetos y analfabetos. Por consiguiente, resulta aventurado dar porcentajes de población instruida, tal es el caso de José Ingenieros, quien afirmaba que en la Colonia había un 99% de analfabetos,¹⁷ cifra que nos parece exagerada, aunque ciertamente no habría gran cantidad de habitantes letrados. De todos modos, las dificultades aumentan todavía, más si ponemos en juego dos variantes: la diferencia entre los pobladores urbanos y rurales y la sutil línea divisoria entre los alfabetos hábiles y los menos competentes.

Con referencia a los habitantes del campo, es interesante mencionar que algunos hacendados eran letrados, pues existe un registro epistolar que así lo testimonia.¹⁸ Otros datos, igualmente ilustrativos, los proporciona Juan C. Garavaglia, al afirmar que “de 75 estancieros cuyo grado de educación pudo ser determinado, 35 eran iletrados”,¹⁹ de forma que los cuarenta restantes debían tener nociones de lectura y escritura. Otras fuentes confirman que algunos de ellos poseyeron pequeñas bibliotecas.²⁰ En cuanto a la segunda variable, a menudo se les atri-

.....

17 Ingenieros, José, *La evolución de las ideas argentinas*, tomo 1, Buenos Aires, Problemas, 1946, p. 50.

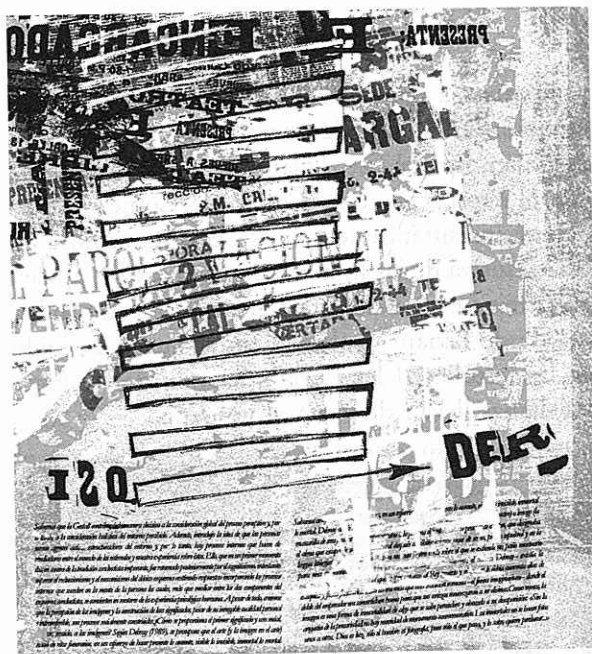
18 Mayo Carlos, *Estancia y sociedad en la pampa 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 56-57.

19 *Ibid.*

20 Por caso, Francisco Álvarez tenía once libros en su estancia, cantidad que puede resultar considerable, si se tiene en cuenta que J. H. Vieytes, editor de un periódico, poseía 101.

21 *Telégrafo Mercantil*, 8 de abril de 1801. En un aviso se lee: “Sirviénte. Un sujeto de 23 años de edad, estado soltero y natural del Paraguay, que sabe escribir bien, y contar, desea colocarse en alguna casa de comercio, dando previamente los informes necesarios: quien lo necesite ocurra a D. Anselmo Díaz Romano, junto a las Catalinas”.

22 Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Legajo 7.5.17.23. f. 3v.



buye casi exclusivamente a las clases altas masculinas la capacidad de leer y escribir, pues les era imprescindible para el óptimo desarrollo de sus actividades (comerciales, eclesiásticas, burocráticas, etc.). Seguramente a este sector social pertenecía el mayor porcentaje de lectores virtuosos, pues los varones tenían la posibilidad de acceder a instancias superiores de educación como eran los colegios de San Carlos (Buenos Aires) y Monserrat (Córdoba), las universidades del interior del Virreinato (Córdoba y Chuquisaca) y, en contados casos, las universidades europeas.

Sin embargo, es muy interesante reparar que una considerable cantidad de habitantes poseía, al menos, nociones elementales de lectura o escritura. Estos letrados no hábiles pertenecían a grupos sociales inferiores: criollos pobres, aborígenes,²¹ esclavos y mujeres. Puede resultar llamativa la condición de algunos esclavos mínimamente alfabetizados. La inmensa mayoría de las veces los propios amos se encargaban de llevar adelante la enseñanza de la lectura y escritura. Así se desprendía de la declaración realizada por Bernarda Freites en el juicio de disenso, en oposición al casamiento de su esclava. El argumento para su negativa se fundaba en que era la única propiedad de servidumbre que poseía, además del valor agregado que significaba, pues “... sabe a costa de mi esmero y mucho trabajo me costó enseñarle desde su infancia planchar, escribir, hacer dulces...”²² De suerte que la capacidad de lectura

y escritura en los negros obedecía, justamente, a que ellos eran los encargados de proporcionarles a sus amos, los emolumentos necesarios para la manutención de la economía familiar. En ciertas ocasiones, "la condición de alfabetizado" incrementaba las posibilidades de conseguir tareas mejor remuneradas, como oficiar de aprendiz de tipógrafos en la imprenta de Niños Expósitos²³ o de pregonero del Cabildo,²⁴ y en caso de que el esclavo fuera ofrecido a la venta,²⁵ elevaba ostensiblemente su valor.

Las mujeres y el mundo de la lectoescritura

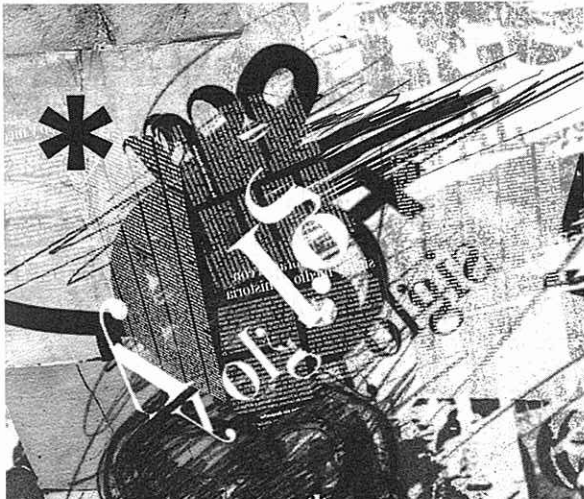
Con respecto a la cuestión de género, destacamos que las mujeres alfabetizadas pertenecían, en su mayoría, a las clases acomodadas, pero las había también en los demás grupos. "Las mujeres no concurrían a los establecimientos municipales, a ellas, en el mejor de los casos, se les impartían, en el seno del hogar, unos pocos conocimientos básicos: lectura, dibujar su firma, labores caseras y, sobre todo, urbanidad".²⁶ En efecto, algunos padres o maridos las introducían en el mundo de las letras para que llegado el momento pudieran educar mejor a sus hijos. Pero, de todos modos, muchas de ellas superaban la instancia de "dibujar su firma".

En cierta oportunidad, el *Telégrafo Mercantil* comentó la experiencia vivida por una joven esposa que no sólo se limitó a firmar con las iniciales "F de N" un documento realizado por el marido sin su consentimiento, sino que le agregó un alegato, de puño y letra, donde manifestaba claramente su disconformidad.²⁷ En el universo de las mujeres letradas existieron ejemplos relevantes y práctica-

mente desconocidos, como el de Joaquina Izquierdo, quien descolló por sus dotes de eximia recitadora.²⁸ Pero el caso más conocido fue el de Mariquita Sánchez,²⁹ de quien afortunadamente se conservan sus memorias,³⁰ que incluyen, desde luego, su vastísimo epistolario.³¹ La costumbre o necesidad de recurrir a la correspondencia para comunicarse no fue una práctica privativa de Mariquita, sino que también innumerables damas apelaron en todo el Virreinato a las cartas para reclamar herencias,³² quejarse de las injusticias comerciales³³ o para expresar sus sentimientos a seres queridos.³⁴

.....

- 23 Obligado, Pastor, *Tradiciones argentinas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1903, p. 130.
- 24 Torre Revello, José, "Fiestas y costumbres", en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la nación Argentina*, vol. 4, primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1956, p. 414. "En el acuerdo celebrado por el Cabildo de Buenos Aires, en 6 de febrero de 1750, se resolvió la compra de un negro esclavo, ladino, que pueda servir de tal pregonero, y hacer otros oficios, útiles y precisos".
- 25 *Telégrafo Mercantil*, 15 de agosto de 1802, "Don Agustín Urich, vende un mulato que sabe escribir, coser y peinar en 300 pesos libres de todo derecho".
- 26 Weinberg, Gregorio, "Tradicionalismo y renovación", en Romero, José L. y Romero, Luis A. (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, 1983, p. 87.
- 27 *Telégrafo Mercantil*, 20 de junio de 1801.
- 28 Véase Gutiérrez, Juan María, "El coronel Don Juan Ramón Rojas. Soldado y poeta", en *Revista del Río de La Plata*, Buenos Aires, tomo 13, 1877, pp. 274-281. Este autor la rescató de un seguro olvido, al caracterizarla como "Dotada de talento dramático y de una voz seductora, recitaba admirablemente los versos, en especial aquellos que celebraban los triunfos de nuestras armas".
- 29 Pueden consultarse, entre otros: Zavalía Lagos, Jorge, *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986; Sáenz Quesada, María, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- 30 Sánchez, Mariquita, *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*, Buenos Aires, Ene, s. f.
- 31 Vilaseca, Clara (comp.), *Cartas de Mariquita Sánchez*, Buenos Aires, Peuser, 1952.
- 32 Henault, Mirta, "Un esbozo de la actividad productiva de las mujeres", en Fletcher, Lea (comp.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pp. 295-290.
- 33 Gellert, Alicia M., "El trabajo femenino en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII", en Knecher, Lidia y Panaia, Marta, *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994, p. 294.
- 34 Puede consultarse la rica correspondencia mantenida entre Victoria A. de Pesoa y su marido, el comerciante Fernando Maseira, ausente en el Paraguay. Este epistolario consta de una veintena de cartas escritas en el transcurso de siete años (1751-1757). Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. 5.2.29.1 Estudiado por Mayo, Carlos; Díez, María, y Cantera, Carmen, "Amor, ausencia y destitución. El drama de Victoria A. de Pesoa", en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y Ensayos*, No. 43, enero-diciembre, 1993, pp. 321-335. Véase, además, Vergara Quiroz, Sergio, "¿Relevancia o subordinación? La mujer en la familia colonial hispanoamericana", en *La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994, pp. 50-51.



Señor editor: ¿por qué las señoras del país no hemos de tomar alguna parte en los útiles trabajos de V.? Yo quiero concurrir por la mía comunicando a V. lo que pueda proporcionarme el tiempo de descanso en mis diarias ocupaciones, de esposa, madre, y cabeza de familia. Sea pues el primer fruto, la adjunta traducción libre de un rasgo moral, que me presentó un escrito francés, si merece la aprobación de V. no le faltará un lugarcito en su apreciable Periódico.⁴⁰

Evidentemente, los editores de los distintos órganos de prensa coloniales supieron darles “un lugarcito” a las inquietudes de las damas de la época. Por último, conviene agregar que las mujeres también, en múltiples ocasiones, fueron objeto de artículos periodísticos.⁴¹

Lectores con intereses diferenciados

Al introducir variantes en el análisis acerca de quiénes leían en el Virreinato del Río de la Plata, resulta incuestionable que el mundo de las letras no era exclusividad de la clase acomodada, sino que además existían otros grupos sociales poseedores de una instrucción básica. Estos grupos alfabetizados en forma rudimentaria ampliaban el universo de lectores potencialmente capacitados para acceder al discurso propuesto por las publicaciones periódicas tanto vernáculas como extranjeras. En consecuencia, ¿se puede concluir que los periódicos solamente tuvieron repercusión en un pequeño grupo? Por lo examinado hasta aquí, la respuesta distaría de ser afirmativa, pues en la segunda mitad del siglo XVIII y primera década del XIX, los “vecinos principales”, los prelados⁴² y los funcionarios virreinales poseían cierta tradición de leer distintas publicaciones europeas y nativas. Recuérdese que el oidor de la Audiencia de Charcas, Antonio Porlier, aparte de contar con gacetas —*Diario de los literatos de España* y *Le Spectateur*— en su vasta biblioteca, recomendaba su lectura por ser conveniente para el ejercicio de la función pública.⁴³

Asimismo, el interés de los comerciantes por la lectura de periódicos europeos en el Río de La Plata constituía una necesidad impostergable: debían saber si tal o cual país había triunfado en una decisiva batalla, qué cargamentos vendrían para la

región y a qué precios, si el cruce del océano entrañaba demasiados riesgos por la presencia de naves piratas, entre otras informaciones. Esta avidez por las noticias periodísticas se evidenciaba en las expresiones de Enrique Faure, apoderado del Real Asiento de Inglaterra, quien no soportaba lo distante de ese “maldito agujero” que era Buenos Aires, por lo que reclamaba a un corresponsal en Lisboa que le enviara gacetas y, si era posible, de Ámsterdam, ya que le agradaban más que las portuguesas. Por su parte, el poderoso comerciante porteño Domingo de Basavilbaso escribía el 22 de abril de 1755 a su colega José de Villanueva Pico, antiguo comerciante de Buenos Aires, por entonces residente en Madrid, que le enviara “algunos libritos, gacetas, mercurios y papeletas de novedades y cosas curiosas pues no ignora Vm. lo mucho que carecemos por acá de esto y a Vm. le será fácil como que se halla en la fuente”.⁴⁴

Las novedades, sin embargo, no circulaban sólo en la aldea puerto, sino que se divulgaban profusamente en el interior del Virreinato. José Miguel Díaz y Aráoz, en carta redactada desde la lejana Salta, el 15 de mayo de 1793, le escribía a V. A. Echevarría, diciéndole: “el testamento de Luis XVI anda impreso en la Gaceta acaso irá allá, no te lo mando porque aquí anda de mano en mano...”.⁴⁵ Este testimonio demuestra la importancia que había alcanzado el periodismo como divulgador de noticias, en este caso, de orden público.

.....

40 *Telégrafo Mercantil*, 27 de diciembre de 1801.

41 Véase Mallo, Silvia, “La mujer rioplatense a fines del siglo XVIII. Ideales y realidad”, en *Anuario del IEHS*, No. 5, 1990, pp. 117-131.

42 Efectivamente, la importante biblioteca del obispo Azamor y Ramírez contenía publicaciones periódicas encuadernadas como *El corresponsal del Censor*, tres de los cuatro volúmenes que componían su colección (1786-1788), incluido entre la bibliografía prohibida. *El semanario erudito* (1787-1791), doce volúmenes de los 34 publicados. Véase Ripodas Ardanaz, Daisy, *La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez 1788-1796*, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1994, pp. 31 y 95.

43 Ripodas Ardanaz, Daisy, *Un ilustrado cristiano en la magistratura indiana. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar*, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1992, p. 33.

44 Mariluz Urquijo, José, “Clima intelectual rioplatense de mediados del Setecientos”, estudio preliminar, en Baltazar Maciel, Juan, *De la justicia del tratado de límites de 1750*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1988, pp. 18-19.

45 Caillet-Bois, Ricardo, “El Río de la Plata y la Revolución Francesa 1789-1800”, en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, vol. 5, primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1941, p. 45.



En relación con los sacerdotes, acostumbrados a efectuar lecturas doctrinarias y dogmáticas, no realizaban juicios muy agudos respecto al contenido "poco confiable" de las gacetas y mercurios. Pero era innegable que las leían, pues algunos eclesiásticos no se sentían precisamente congratulados con las novedades que acercaban las publicaciones periódicas. Los jesuitas, como Cardiel o Escandón, imputaban a la *Gaceta de Holanda* el tergiversar la verdad e inventar hechos o personajes ficticios. Otros clérigos consideraban a este tipo de papeles impresos como frívolos y superficiales y los utilizaban, en consecuencia, para criticar a algunos pares que solían nutrirse de tales informaciones. Este fue el caso del obispo Manuel Antonio de la Torre, quien tratando de ridiculizar a fray Pedro José de Parras, le incriminaba sarcásticamente que era muy "versado en mercurios y gacetas".⁴⁶

Ahora bien existen documentos que corroboran que las manifestaciones de los rioplatenses no constituyeron meras expresiones de deseos. En efecto, contamos con la "Relación jurada", elevada por el administrador de la Real Renta de Correos en Buenos Aires, Manuel Basavilbaso, a la central en España. Entre los seis rubros que integraban la declaración correspondiente a los años 1767-1794 se encontraba el de "Gacetas y Mercurios".⁴⁷ El acceso a este tipo de publicaciones periódicas estaba tan generalizado que, no obstante, estar prohibido leer y difundir bibliografía francesa revolucionaria hacia el año 1795, "un negro esclavo sometido a un interrogatorio declaró que había leído gacetas de las que estaban sobre el Mostrador".⁴⁸ Se podría afirmar que no era habitual la lectura de papeles prohibidos, pero sí que en este sector social la costumbre de leer estaría extendida, así nos lo confirmaría Manuel Belgrano en el prospecto⁴⁹ del *Correo de Comercio* "...las clases más ínfimas con ansia corren a buscar los papeles que se dan a

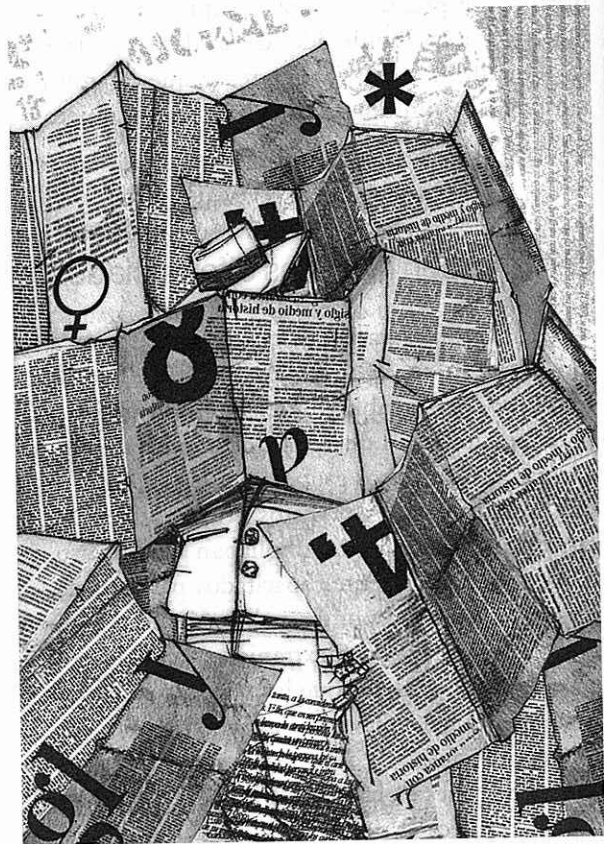
46 Mariluz Urquijo, José, "La Gazeta de Buenos Ayres (1764)", en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, No. 38, 1988, p. 455.

47 Bose, Walter, "La Real Renta de Correos en Buenos Aires. Síntesis estadística de 1767 a 1794", en *Humanidades*, tomo XXX, 1960, p. 120.

48 Caillet-Bois, *op. cit.*, p. 45.

49 Eran hojas sueltas que consignaban el nombre de la futura publicación, la periodicidad, el precio y, fundamentalmente, la declaración de propósitos.

luz". De forma que podemos argumentar, genéricamente, que la lectura de los periódicos no fue privativa de ningún sexo, ni sector social. Aunque debemos convenir que los motivos del acercamiento a las distintas publicaciones, con seguridad, se centraban en cuestiones bien diferenciadas, como simple curiosidad, por costumbre, necesidad de información de acuerdo con el rubro de su actividad (comercial, política, militar), entre otras.



Lectores analfabetos

Hasta aquí hemos procurado demostrar que el mundo de los eventuales lectores trascendía de aquellos denominados virtuosos pertenecientes a la "clase decente", puesto que además existía una porción considerable de habitantes que, por diversos motivos, había adquirido mínimos conocimientos de lectura. Sin embargo, la inmensa mayoría de la población virreinal era analfabeta, razón por la cual hasta la actualidad se ha sostenido que la repercusión del mensaje periodístico apenas alcanzaba a una ínfima fracción del total de los po-

bladores. Esta línea de razonamiento subestima la capacidad de recepción de los textos por parte de los sectores iletrados, y no considera que lo escrito está instalado en el corazón mismo de la cultura de los analfabetos, presente en los rituales, en los espacios públicos o en los lugares de trabajo. Gracias a la palabra que lo descifra, gracias a la imagen que lo repite, se vuelve accesible incluso para aquellos incapaces de leer o que sólo pueden obtener por sí mismo una comprensión rudimentaria.⁵⁰

En rigor de verdad, los analfabetos rioplatenses tenían diferentes posibilidades de relacionarse con el mundo de la escritura: decodificarlo a través de medallas, retratos, representaciones públicas, escucha de lecturas —bandos, proclamas, pasquines, periódicos, almanaques, etc.—, o por medio de la transmisión oral. En la etapa en que la oralidad era el soporte del discurso escrito, había dos modalidades: la recepción directa, cuando el oyente estaba presente en el acto de la lectura, y la recepción indirecta, que les llegaba a través de un tercero. En la Colonia este proceso de adaptación hacia lo impreso era cotidiano, porque las publicaciones estaban presentes en la oralidad de los pregoneros o en los muros que exhibían imágenes y carteles —oficiales y clandestinos, impresos y manuscritos—.

Evidentemente, en el Río de la Plata existía un “gran público” consumidor de publicaciones periódicas, pues hasta los analfabetos accedían a éstas. Una prueba irrefutable de ello la extraemos del propio texto dirigido a “los párrocos y hacendados” del *Almanak y Calendario General* de 1806, que en sus últimas páginas advertía:

Desde que los árabes con su astrología judiciaria empezaron a llenar sus almanaques de aquellas predicciones de que se burlan las gentes sensatas, pero de que hace tanto aprecio el pueblo, hasta consagrarlas una ciega creencia no hemos podido vernos libres de este género de peste [...] nuestros labradores cultivan, siembran y cosechan en el día en todo con arreglo a los anuncios despreciables que contienen los almanaques de España, que son buscados por estas pobres gentes con un empeño que no conoce límites. Sus predicciones se creen, se reputan y se defienden a presencia, acaso, de los mismos que se hallan obligados a arrancar de raíz tan abominable error. ¿Qué mucho, pues, no correspondan las esperanzas del cultivador a sus deseos, si dejando pasar el tiempo más precioso y oportuno somete sus operaciones al acaso de estos bárbaros pronósticos? ¿Hasta cuándo

se han de tolerar tan groseros y perjudiciales errores en el Público? —Párrocos y hacendados instruidos: daos prisa a desterrar del corazón del labrador esta preocupación monstruosa que le ocasiona tantos males y que amenazará desde ahora los de su propiedad.⁵¹

En la actualidad, para un lector desprevenido puede resultar curioso que en el propio almanaque apareciera esta advertencia dirigida a aquellos que poseían influencia en el ‘pueblo’, pues esta publicación era también consumida por los iletrados. Sin embargo, el uso que hacían de ella, a la que eran tan afectos, era diferente, ya que principalmente buscaban las viñetas de las fases de la luna, los signos zodiacales, las cruces y, quizá, no muchos, balbucearan ‘tropezonamente’ una lectura de lo escrito que interesara a su vida cotidiana.

A modo de conclusión

En el presente trabajo hemos procurado reconstruir el universo de receptores de los periódicos tardocoloniales en el Río de la Plata. Dicha tarea nos ha deparado resultados interesantes, ya que hemos constatado que los periódicos eran consumidos por una significativa porción de los habitantes virreinales. En efecto, lejos de reducirse a una pequeña cantidad de lectores, los destinatarios del mensaje periodístico excedían largamente a los varones alfabetizados de los sectores acomodados, pues no quedaban de ningún modo exceptuados los sectores subalternos. Es decir, se encontraban entre los receptores las mujeres, los negros esclavos, los aborígenes e, incluso, la población analfabeta, particularidad que permitiría hablar para la región de la conformación de un gran público virreinal

.....

50 Recuérdese que en el Río de la Plata eran frecuentes la realización de rituales con motivo del fallecimiento de un rey, la coronación de un nuevo monarca, los cumpleaños reales, el nombramiento de funcionarios virreinales, las conmemoraciones religiosas, entre otras muchas. Estas representaciones poseían un carácter eminentemente popular, allí se daban citas todos los sectores sociales. Los que tenían la posibilidad de observar imágenes de los monarcas (paseado con el estandarte real), el reparto de medallas con grabados, las puestas de escenas teatrales y musicales, las diversiones colectivas de la época (corrida de toros, sortijas, juego de la caña) y los infaltables juegos de artificios. Véase Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Coni, 1918, pp. 378-429.

51 Furlong, Guillermo, *Historia y bibliografía de las primeras impresiones rioplatenses 1700-1850*, tomo 2, Buenos Aires, Librería del Plata, 1955, p. 434.



Bibliografía

- Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Legajo 7.5.17.23. f. 3v.
- Bose, Walter, "La Real Renta de Correos en Buenos Aires. Síntesis estadística de 1767 a 1794", en *Humanidades*, tomo XXX, 1960.
- Caillet-Bois, Ricardo, "El Río de la Plata y la Revolución Francesa 1789-1800", en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, vol. 5, primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1941.
- Chartier, Roger, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México, Instituto Mora, 1995.
- Chiaromonte, José Carlos, "La etapa ilustrada 1750-1806", en Assadourian, Carlos y otros, *Argentina. De la conquista a la independencia*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pp. 332-333.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Díaz, César, "El periodismo en la Revolución de Mayo", en *Todo es Historia*, No. 370, 1998.
- _____, "Apuntes sobre el consumo periodístico en los inicios de la modernidad rioplatense", en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), Universidad Nacional de la Plata, año 2, No. 12, 2003, pp. 70-79.
- Furlong, Guillermo, *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses 1700-1850*, tomo 2, Buenos Aires, Librería del Plata, 1955.
- Gellert, Alicia M., "El trabajo femenino en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII", en Knecher, Lidia y Panaia, Marta, *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994.
- Gutiérrez, Juan María, "El coronel Don Juan Ramón Rojas. Soldado y poeta", en *Revista del Río de La Plata*, Buenos Aires, tomo 13, 1877, pp. 274-281.
- Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y guerra*, México, Siglo Veintiuno, 1979.
- Henault, Mirta, "Un esbozo de la actividad productiva de las mujeres", en Fletcher, Lea (comp.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pp. 295-290.
- Ingenieros, José, *La evolución de las ideas argentinas*, tomo 1, Buenos Aires, Problemas, 1946.
- Mallo, Silvia, "La mujer rioplatense a fines del siglo XVIII. Ideales y realidad", en *Anuario del IEHS*, No. 5, 1990, pp. 117-131.
- Mariluz Urquijo, José, "Clima intelectual rioplatense de mediados del Setecientos", estudio preliminar, en Baltazar Maciel, Juan, *De la justicia del tratado de límites de 1750*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1988, pp. 18-19.
- _____, "La Gazeta de Buenos Ayres (1764)", en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, No. 38, 1988.
- Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998.
- Mayo Carlos, *Estancia y sociedad en la pampa 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- _____; Díez, María, y Cantera, Carmen, "Amor, ausencia y destitución. El drama de Victoria A. de Pesoa", en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y Ensayos*, No. 43, enero-diciembre, 1993, pp. 321-335.
- Obligado, Pastor, *Tradiciones argentinas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1903.
- Peza Casares, María de la, "Las trampas de los estudios de recepción y opinión pública", en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), Universidad Nacional de la Plata, año 2, No. 12, 2003.
- Pillado, José y Echayde, Jorge, *Advertencia a la reproducción facsimilar del Telégrafo Mercantil*, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1914.
- Rípodas Ardanaz, Daisy, *La biblioteca porteña del obispo Azamor y Ramírez 1788-1796*, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1994.
- _____, "Una ignorada escritora en la Charcas finicolonial María Antonia de Río y Arnedo", en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y Ensayos*, No. 43, enero-diciembre, 1993, pp. 167-207.
- _____, *Un ilustrado cristiano en la magistratura indiana. Antonio Porlier, Marqués de Bajamar*, Buenos Aires, Prhisco-Conicet, 1992.
- Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina*, vol. 2, Buenos Aires, Coni, 1918.
- Sáenz Quesada, María, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Saintout, Florencia, *Los estudios de recepción en América Latina*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1998.
- Sánchez, Mariquita, *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*, Buenos Aires, Ene, s. f.
- Silva, Renán, "Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen", en Guerra, Xavier y Lemperiere, Annick, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Torre Revello, José, "Fiestas y costumbres", en Academia Nacional de la Historia, *Historia de la nación Argentina*, vol. 4, primera sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.
- Vergara Quiroz, Sergio, "¿Relevancia o subordinación? La mujer en la familia colonial hispanoamericana", en *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994, pp. 50-51.
- Vilaseca, Clara (comp.), *Cartas de Mariquita Sánchez*, Buenos Aires, Peuser, 1952.
- Weinberg, Gregorio, "Tradicionalismo y renovación", en Romero, José L. y Romero, Luis A. (dirs.), *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, 1983.
- Wolton, Dominique, *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Zavallá Lagos, Jorge, *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.